

que aquellos hombres son hombres honrados.

¿Ya vais conociendo lo que es el Sacerdote?

Es el único que tiene derecho de descender á la conciencia: el único que sabe el camino que conduce á Dios.

O se dice como Proudhon, que *Dios es el mal*, ó se confiesa con diez y nueve siglos que el Sacerdote *es el bien*.

Voltaire no quería tener lacayos ateos por temor de que lo robaran ó asesinaran; ¿quién se arrepentirá de tener dependientes que se confiesen?

Si creéis que la ignorancia es un mal, no podréis dejar de recordar al Sacerdote que funda escuelas, que sostiene colegios, que se levanta con Copérnico, que estudia con Santo Tomás, que enseña con Secchi.

Si creéis que la enfermedad es un mal, os acordaréis necesariamente de la caridad, es decir, del hospital cristiano, es decir, de Juan de Dios, es decir, de Vicente de Paul.

Si entra en vuestras ideas que la miseria es un mal, hospicios, casas de asilo y cocinas económicas, os recordarán al Sacerdote.

Si la muerte os parece un mal, ¿á quién halláis á la cabecera del enfermo? ¿Qué consuela en la última hora? ¿Acaso los placeres? ya son imposibles. ¿Las riquezas? son inútiles. ¿Los recuerdos? son contraproducentes. ¿El porvenir? eso es lo que asusta.

¿Quién consuela al moribundo?

O nada, ó nadie, ó el Sacerdote.

Hablad de la liquidacion social, ¿á quién acudís? ¿Acaso á la communa? ella incendia. ¿A la huelga? ella aumenta la miseria. ¿A la destruccion de las fábricas? ella hace al rico pobre, al trabajador miserable, al miserable mendigo.

Pero acudid al Sacerdote. El dice á los ricos: *caridad*. Dice á los pobres: *resignación*. A todos dice: *trabajo*.

Y la caridad arriba, y la resignación abajo, y el trabajo en todas partes, resuelven pacíficamente el problema.

Oh! el Sacerdote es socialista por excelencia! Pero entendámonos: *socialista*, por

que comprende, porque dirige, porque salva á la sociedad, socialista; porque es partidario de la sociedad.

¿Preguntábais qué es el Sacerdote? Pues oíd todavía.

Llamad en su nombre. Si es Agustín, os enseñará la ciencia; si es Crisóstomo, os hablará con boca de oro; si es Bernardo, os llevará á la soledad para hablaros al corazón; si es Tomás os conducirá á la sabiduría; si es Francisco de Sales, os enseñará á amar á los hombres; si es Liguori, os enseñará á amar á Dios.

¿Qué es el Sacerdote? Para el que goza es mucho: para el que sufre, todo.

¿Qué es el Sacerdote? Es un hombre vestido de negro, que tiene los pies en la tierra, los ojos en su alma, el corazón en sus hermanos y su pensamiento en los cielos.

Suprimid al Sacerdote, ¿qué sería del mundo?

No hay que recurrir á hipótesis: id al interior del Africa, donde no hay Sacerdotes cristianos.

Suprimid al Sacerdote, ¿qué quedará? La primera vez que en Francia fué suprimido, quedó la guillotina: la segunda vez, quedó la Communa. En uno y otro caso, ¿se estaba muy lejos del interior del Africa?

Buscad al Sacerdote. No lo hallaréis en esas casas que no se pueden nombrar. No está en la casa de juego, tampoco en las cantinas.

Buscad la estadística del crimen. ¿Cuántos Sacerdotes hay suicidas? ¿cuántos dueñistas? Buscad entre todos los criminales, ¿halláis muchos Sacerdotes?

Bajad á las cárceles, y si véis á alguno de ellos, ya sabéis de antemano que lo llevó allí el delito de tener sotana. No está preso en virtud de *las leyes*, sino en virtud de *las leyes de Reforma*.

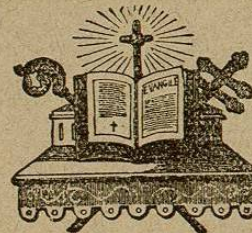
Buscad en ciencias y artes, en pinturas y en poesía, en teología, y en todos los ramos del derecho; buscad en teología, en sociología, ¿faltan Sacerdotes?

El infierno no conoce más que un enemigo; el Sacerdote.

Los que no están con el Sacerdote, están con el infierno.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI.

GUADALAJARA, MARZO 8 DE 1889.

NUM. 5.

SECCION I.

CARTA

De Nuestro Santísimo Sr. Leon,

POR LA DIVINA PROVIDENCIA

PAPA XIII,

A nuestros venerables hermanos

LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y
OBISPOS, Y A NUESTROS AMADOS HIJOS
TODOS LOS FIELES CRISTIANOS
EN GRACIA Y COMUNION CON LA SEDE
APOSTOLICA.

LEON PAPA XIII.

*Venerables hermanos, amados hijos,
salud y Bendición Apostólica.*

Al expirar el año en que, por singular gracia y beneficio de DIOS, sano y salvo hemos celebrado el quincuagésimo aniversario de Nuestra ordenación sacerdotal, volvemos naturalmente á los meses transcurridos Nuestro pensamiento, que con su memoria se complace grandemente. Y no sin motivo. Porque un suceso que sólo á Nós personalmente interesaba, que por sí mismo no era grande, ni por su novedad maravilloso, despertó, sin embargo, en los corazones un entusiasmo nunca visto, fué celebrado con tantas y tan brillantes manifes-

taciones de regocijo y congratulación, que mayores no las podía imaginar el deseo, lo cual Nos fué ciertamente grato y Nos llenó de alegría. Pero lo que apréciamos sobre todo es la significación de las demostraciones y la constancia en la fe francamente confesada. Las unánimes aclamaciones con que hemos sido saludado en todo el mundo, dicen de un modo claro y evidente que en todas partes los corazones y los pensamientos se vuelven hacia el Vicario de JESUCRISTO; que á pesar de los males que nos afligen, los hombres ponen confiados su mira en la Santa Sede como en un perenne y limpio manantial de salvación; y que allí donde florece el nombre católico, se ama y respeta, como es de obligación, con ardiente amor y santa concordia á la Iglesia Romana, madre y maestra de todas las Iglesias.

Por estas razones, más de una vez levantamos los ojos al cielo durante los pasados meses para dar gracias á DIOS, óptimo é inmortal, que benignamente, Nos ha concedido tan larga vida y aquel consuelo de Nuestros dolores que hemos mencionado. Y al mismo tiempo, siempre que de ello teníamos ocasión, declaráramos á quién se debía, la gratitud de Nuestro corazón. Más el término del año y del Jubileo, Nos invita á renovar la memoria del beneficio recibido, y Nos es muy grato que toda la Iglesia se una con Nos para repetir la acción de gracias á DIOS Omnipotente. También Nos pide Nuestro corazón que

públicamente atestigüemos, como lo hacemos por esta carta, que así como Nos sirvieron de no escaso alivio en Nuestros cuidados y trabajos las abundantes pruebas de obsequio, cortesía y amor que de vosotros hemos recibido, así también vivirá perenne en Nos su memoria y el agradecimiento de ellas.

Pero Nos queda todavía un deber más santo y grave que cumplir. En este trasporte de los corazones, regocijados en honrar y reverenciar con inusitado ardor al Romano Pontífice, vemos el poder y la voluntad de Aquél, que es el único que puede sacar, y de continuo saca, de las cosas pequeñas, el principio de grandes bienes. Parece, por lo tanto, que el providentísimo DIOS ha querido, en medio de tanto extravío de ideas, reanimar la fé y ofrecernos ocasión para excitar en el pueblo cristiano el amor á una vida más perfecta. Así pues, únicamente falta poner mano á la obra, á fin de que los resultados correspondan á las esperanzas del principio, y esforzarse con toda eficacia para que los designios de la Providencia Divina sean comprendidos y se cumplan en la práctica de la vida. Finalmente, entonces será completo y en todas sus partes perfecto, el obsequio á la Sede Apostólica, cuando uniéndose al ornamento de las virtudes cristianas, sirva para conducir á los hombres á su salvación, único fruto deseable y eternamente duradero.

Desde la altura del Ministerio apostólico en que la bondad de DIOS Nos ha colocado, como era de razón, hemos salido muchas veces á la defensa de la verdad y hemos cuidado de exponer principalmente aquellos puntos de doctrina que Nos parecían más apropiados á la necesidad y provecho del bien común, de manera que conocida la verdad todos pudiesen prevenirse y velar contra el hábito mortífero de los errores y huir de él. Y así, como Padre amantísimo á sus hijos, queremos hablar á todos los fieles cristianos y con familiares exhortaciones moverlos á seguir una cristiana norma de la vida. Porque para merecer justamente el nombre de cris-

tiano, además de la profesión de la fe, es necesaria la práctica de las virtudes cristianas, de las cuales no solamente depende la eterna salvación de las almas, sino la verdadera prosperidad de los pueblos y la paz de la sociedad civil. Si se estudia la vida que hoy se vive, no habrá quien deje de ver cuanto se aparta de los preceptos evangélicos, así la pública como la privada; de manera que parece convenir particularmente á estos tiempos aquella sentencia del Apóstol San Juan; *Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida.* (1)

Y, en efecto, la mayor parte de los hombres, olvidándose del principio de donde proceden y el fin á que son llamados, ponen todo su pensamiento y cuidado en los vanos y caducos bienes de la tierra, y violentando la naturaleza y conculcando el orden establecido, se constituyen en esclavos de aquellas cosas sobre las cuales pide la razón que el hombre domine. Es natural que con el amor de las comodidades y placeres se junte la codicia de cuanto sirve para adquirirlos; de donde procede aquella desenfrenada ansia de dinero que ciega á cuantos la experimentan, y los arrastra á satisfacerla, sin distinguir, con frecuencia, lo justo de lo injusto, y muchas veces también con procaz insulto de la agena miseria. Y así hay muchísimos que viven nadando en oro y diciendo al pueblo palabras de fraternidad, los cuales, sin embargo, hacen de él orgulloso desprecio. Del mismo modo hay quienes, dominados del orgullo, quieren romper el yugo de toda ley, menosprecian toda autoridad, llaman libertad al egoísmo y cada cual de ellos *se cree nacido para no tener freno, como el pollino del asno montés* (2) Agréganse á esto los incentivos del vicio y las funestas excitaciones á pecar, en lo cual queremos hablar de las representaciones impías y licenciosas, de los libros y periódicos escritos para cohonestar los vicios y mofarse

(1) I. Ep. II 16.

(2) Job, XI, 12.

de la virtud, y aun las mismas artes, que inventadas para comodidad de la vida y honesto solaz del ánimo, se han convertido en incentivos que inflaman las humanas pasiones, de manera que no es posible poner la mirada en lo porvenir sin sentirse sobrecogido de espanto al reparar en los nuevos gérmenes de males que se depositan y acumulan en el seno de la naciente generación. Notorio es el sistema que se sigue en las escuelas públicas, en las cuales no tiene acceso la autoridad eclesiástica, y dada en la época más conveniente para infundir con suma solícitud en los corazones tiernos el conocimiento de los deberes cristianos, enmudece la instrucción religiosa. Pero los adolescentes todavía se exponen á mayor peligro, á saber: al conocimiento de viciadas doctrinas, las cuales muchísimas veces están de tal modo dispuestas, que sirven para infatuar á la juventud con los sofismas del error antes que instruirle con la noción de lo verdadero. Y, en efecto, hay muchísimos en la enseñanza que, postergando la fé divina, gustan de filosofar sólo con el magisterio de la razón; de modo que prescindiendo del sólido fundamento y de la esplendorosa antorcha de la fe, en muchas cosas no distinguen lo verdadero de lo falso, y caen en error. Quién sostiene que en el mundo todo es corpóreo; quién que los animales y los hombres proceden del mismo origen y tienen idéntica naturaleza; y no falta quién dude de si existe ó no DIOS, Sumo Artífice del universo y Dominador de todas las cosas; ó que yerran tristemente, á la manera de los paganos, acerca de su Divina Naturaleza; y de donde se siguen necesariamente notables alteraciones en el concepto y la forma de la virtud, del derecho y del deber. De esta manera, mientras por una parte exaltan orgullosos la soberanía de la razón y exageran las fuerzas del espíritu humano, sufren por otra la pena de su soberbia con la ignorancia en que viven de las verdades más importantes. Con la perversion de las ideas puede decirse que se infiltra hasta en las ve-

nas y en el tuétano de los huesos la corrupción de las costumbres, la cual en esta gente no puede ser curada sino con gravísima dificultad, porque de una parte los principios erróneos falsean el criterio de lo lícito, y de otra falta la luz de la fé cristiana, que es principio y fundamento de toda justicia.

Por estas razones podemos ver en cierto modo, por nuestros propios ojos y á todas horas, los males de que la sociedad humana está contagiada. El veneno de las doctrinas perversas ha invadido rápidamente la vida pública y la privada; el racionalismo, el materialismo y el ateísmo han engendrado al socialismo, al comunismo y al nihilismo, horribles y funestas pestilencias que lógica é inevitablemente debían seguirse de aquellos principios. Y en verdad, si se puede impunemente rechazar la Religión católica, cuyo origen divino con tan claras y manifiestas señales se hace patente, ¿por qué no han de ser rechazadas las otras formas de culto cuando carecen de esas pruebas? Si el alma no es por su naturaleza distinta del cuerpo, y si, por consiguiente, en la muerte del cuerpo no queda ninguna esperanza de una bienaventurada eternidad, ¿á qué le hemos de procurar fatigas y trabajos para someter sus apetitos á la razón? El sumo bien del hombre consistirá en el goce de las comodidades y placeres de la vida. Y como no hay nadie que por instinto y natural impulso no aspire á la felicidad, cada cual despojaría según sus fuerzas á los demás para mejor vivir con los despojos de lo ageno. Ni habría poder en el mundo con fuerza bastante para contener á las impetuosas pasiones, porque allí donde es desconocida la suma y eterna ley de DIOS, fuerza es que las leyes pierdan el vigor y se debilite toda autoridad. De esta suerte la perturbación de la sociedad civil llega hasta sus mismos fundamentos, y excita á todos los miembros que la constituyen á perpetua lucha, unos afanándose por conseguir los codiciados bienes y otros por conservarlos.

Esta y no otra es la tendencia de la

época actual; más, sin embargo, aun tenemos que consolarnos de los males presentes y levantar nuestros corazones con la esperanza del porvenir. *DIOS crió todas las cosas á fin de que subsistiesen; sanables hizo las naciones del mundo* (1) Mas como este mundo no puede ser conservado sino por la voluntad y providencia de Aquel que lo crió, de igual modo los hombres no pueden sanar sino por la virtud de Aquel que los ha redimido. Porque si JESUCRISTO rescató una sola vez, al precio de su Sangre, al género humano, no por eso deja de ser perenne y constante la eficacia de obra tan grande y de tan grande beneficio, y fuera de Él no hay que buscar la salud en ningún otro. (2) De manera que los que se emplean en extinguir por medio de leyes la creciente hoguera de las pasiones populares, trabajan seguramente por la justicia; más deben persuadirse de que con ninguno ó escasísimo fruto consumarán su fatiga siempre que se obstinen en repudiar la virtud del Evangelio y no querer el auxilio de la Iglesia. La curación de estos males está en que, mejor avisados, los individuos y la sociedad entera vuelvan á CRISTO Jesús y al recto camino de la vida cristiana.

Pues la sustancia y fundamento de la vida cristiana consiste, no en acomodarse á los corrompidos usos del siglo, sino en atacarlos con varonil energía. Esto predicán las palabras y los hechos, las leyes y las instituciones, la vida y la muerte de JESUCRISTO, autor y consumador de la fé. De manera que aun cuando la depravación de la naturaleza y las costumbres nos arrastre lejos del bien, es preciso que corramos al combate que nos es propuesto, animados y prevenidos con el valor y armas de Aquel que en vista del gozo que le estaba preparado sufrió la cruz (3) Así, pues, vean los hombres y entiendan esto principalmente: que no es cosa acomodada á la profesión de la fe cristiana correr como

(1) Sab. I, 14.

(2) Hechos. IV, 12.

(3) Hebr. XII. 1. y 2,

ahora se usa, en busca de todo género de placeres, huir de los trabajos, compañeros de la virtud, y no negarse nada de cuanto suave y delicadamente halaga á los sentidos. *Los que son de CRISTO tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones* (1) De donde se infiere que no son de JESUCRISTO los que no se ejercitan y acostumbran á padecer menospreciando la blanda y delicada voluptuosidad.

Gracias á la infinita misericordia de DIOS el hombre renació á la esperanza que había perdido de los bienes inmortales, más no pudo conseguirlos sino procurando seguir las huellas de CRISTO y meditando sus ejemplos conformar con él las costumbres y el corazón. Por esto, no de consejo, sino de precepto para todos, y no solamente para los que han abrazado un género de vida más perfecto, es traer siempre en nuestro cuerpo la mortificación de JESUS (2) ¿Cómo, si de otra manera fuese, podría subsistir la ley misma de la naturaleza, que ordena al hombre que sea virtuoso?

En efecto, el pecado original se borra por el bautismo; pero las malas raíces que ha echado el pecado no se borran. Esta parte del hombre, que es irracional, ó en otros términos, el apetito sensitivo, aunque no puede perjudicar á quien le combate valientemente con la gracia de JESUCRISTO, sin embargo, disputa el imperio á la razón, turba la paz y la tranquilidad del corazón y arrastra tiránicamente con tanta fuerza á la voluntad lejos de la virtud, que sin una lucha diaria no podemos huir del vicio ni cumplir nuestros deberes.

El Santo Concilio piensa y enseña que en los bautizados queda la concupiscencia, la cual, habiendo sido dejada para la lucha, no puede perjudicar á los que no consienten, sino al contrario, combaten valientemente por la gracia de JESUCRISTO; de suerte que, quien haya combatido, será coronado (3).

(1) Gálatas, V. 24.

(2) II, Cor. IV. 10.

(3) Conc. Trident, Ses. V. can. 5.

En esta lucha hay un grado de fuerza al que no llega más que una virtud excelente, y tal es la de los que, combatiendo los movimientos contrarios á la razón han hecho tantos progresos, que no parecen sino que llevan en la tierra una vida de ángeles. Que haya pocos que alcancen tan alta perfección es cosa cierta; pero no hay quien, según los preceptos mismos de la filosofía antigua, no deba refrenar sus propias pasiones y, sobre todo, deben hacer esto y con tanto más cuidado, aquellos que por el uso diario de las cosas mortales, están expuestos á más excitaciones; á menos que se encuentre alguno que piense locamente que la vigilancia debe ser menor donde mayor es el peligro, ó que el enfermo es quien menos necesita de remedios.

En cuanto á la fatiga que se sufre en esta lucha, está muy recompensada, á más de la adquisición de los bienes celestiales é inmortales, y otras ventajas importantes, de las cuales es la primera, que después de refrenados los apetitos del hombre, recobra la naturaleza mucho de su dignidad primitiva.

El hombre, en efecto, ha sido creado bajo esta ley y con esta regla: que el espíritu mande el cuerpo; que los apetitos sean gobernados por el espíritu y por la voluntad: lo que hace que la libertad más noble y más deseable es la de no entregarse á las pasiones.

Además, sin esta disposición del espíritu no se ve qué bien puede esperarse del hombre social. ¿Podrá estar dispuesto á hacer bien el que está acostumbrado á decidir por amor propio lo que debe hacer ó evitar? No puede ser magnánimo, bienhechor, misericordioso, continente, quien no haya aprendido á vencer y á despreciar todas las cosas humanas por amor á la virtud.

No dejaremos en silencio cómo por divino consejo, no se puede devolver la salud al hombre sino mediante la lucha y el dolor. Y ciertamente si DIOS concedió al hombre la redención de la culpa y el perdón de los pecados, lo hizo bajo la ley de que su Unigénito sufriese la justa

y debida pena. Y así, aunque JESUCRISTO pudo satisfacer por otros medios á la justicia divina, quiso, sin embargo, padecer grandes tormentos, derramar su sangre y sufrir muerte de Cruz. Y á sus discípulos y fieles les impuso la siguiente ley, sellada con su sangre: que viviesen en perpetua batalla contra las costumbres corrompidas de los tiempos. ¿Qué cosa sino el ánimo obediente á dicha ley, fué lo que hizo invictos á los Apóstoles en la enseñanza de la verdad, y fortaleció á innumerables mártires para dar con su sangre testimonio supremo de la fe cristiana?

Por la misma vía anduvieron cuantos guardaron en su corazón el espíritu de la vida cristiana, y han procurado con la práctica de las virtudes su propio bien, y por la misma debemos también caminar nosotros si queremos conseguir el bien de cada uno y el bien común de todos. Por tanto, en medio de la dominante procacidad libidinosa, es necesario que cada cual se defienda varonilmente de las excitaciones de la lujuria, y dada la insolente ostentación que suele hacerse de una vida agitada y opulenta, hay que proteger el ánimo contra las fascinaciones del lujo y de la riqueza, no sea que el alma vaya á perder un tesoro inmarcesible en el cielo por anhelar cosas que nunca sacian y que son fugaces, y que se llaman bienes. Finalmente, deplorable es que las opiniones y los ejemplos perniciosos hayan tenido tanta fuerza para afeminar los ánimos, que á muchos hombres ya casi avergüenzan el nombre y la vida de cristianos; lo cual es propio de una corrupción profunda ó de una grandísima cobardía. Ambas cosas son tan detestables, que no puede acontecer al hombre un mal peor. ¿Qué resto de bien queda á los hombres, y que esperanza pueden abrigar si dejan de gloriarse con el nombre de JESUCRISTO, y si rehusan el practicar en la vida sin disimulaciones los preceptos evangélicos? Lámentase con frecuencia que este siglo es estéril en hombres de carácter. Vuélvase á las costumbres cristianas, y con eso reco-